

Robert A. Heinlein

Jones el hombre estelar



Max Jones posee una memoria eidética y sueña con ser un astrogator. Cada noche mira los lanzamientos de los grandes navíos desde su propiedad, cerca de Earthport y desea poder ir en ellos. Pero Max está obligado a ayudar a la viuda de su padre en el trabajo de su granja Ozark, y los requerimientos para entrar en el Gremio de los Astrogators son estrictos. *Jones, el hombre estelar* es una de las obras maestras de Robert A. Heinlein. Su tema es el viaje interestelar. Después de la conquista y colonización de nuestro sistema planetario, el hombre se lanza hacia las estrellas, sin arredrarse por las tremendas distancias, a veces de cientos y de miles de años-luz. Así, la Galaxia se abre para el hombre con miles de mundos extraños y fascinantes, junto a peligros y acechanzas jamás imaginables. ¡Pero el hombre ha conseguido vencer al espacio y al tiempo!

PRÓLOGO

por Miguel Masriera

Hoy aparece en COLECCIÓN NEBULAE una cuarta novela de Roberto A. Heinlein, este escritor apasionante que ha sabido captar al público español, como antes ha captado al de habla inglesa. Las tres primeras (Titán invade la Tierra, Los negros fosos de la Luna y El hombre que vendió la Luna) que dimos a conocer eran ya un sólido muestrario capaz de cimentar la fama de un novelista, un novelista del futuro. La que hoy presenta COLECCIÓN NEBULAE a sus lectores, Jones, el hombre estelar (Starman Jones, en su título inglés), es, sin embargo, una novela de más alcance que las demás, de un tema más ambicioso y más difícil, en el que Heinlein encuentra ocasión de poner de manifiesto no tan sólo sus admirables dotes literarios, sino también su preparación científica y su sagacidad de novelista de gran imaginación. En una palabra, Jones, el hombre estelar, es una de las obras maestras de Roberto A. Heinlein.

El tema de los viajes interplanetarios está ya muy sobado, lo que quiere decir que se han escrito ya sobre él demasiadas malas novelas, cosa que, por otra parte, no quita valor a las buenas. En cambio, el de los viajes interestelares ha sido tocado menos, sin duda porque estos viajes pertenecen todavía al reino de la utopía y, cuando un autor se pone a fantasear sobre ellos, le falta un soporte científico, una base de analogía, en que fundar sus lucubraciones.

Hay un motivo fundamental para que estos viajes nos aparezcan hoy día utópicos y es que la Física moderna nos enseña que nada puede viajar a una velocidad mayor de la de la luz que es bien sabido es de 300 000 kilómetros por segundo. Este fue el gran descubrimiento de Einstein, pero constituye al mismo tiempo una especie de veto que la Naturaleza pone a los desplazamientos del hombre de estrella a estrella, de sol a sol. La estrella más próxima al nuestro, Próxima Centauri, está situada a lo que se llama cuatro años de luz de nosotros, es decir, que un viajero que pudiese recorrer el espacio a la velocidad de la luz (o a una muy próxima a ella, ya que la luz es inalcanzable) tardaría, viajando en línea recta, cuatro años en recorrer la distancia que nos separa de dicha estrella. ¡Y esta hemos dicho que es la más próxima a nosotros de los miles de millones que forman nuestra Galaxia, cuya extensión se mide por centenares de años de luz! Si pensamos en otras Galaxias, estas lejanas nebulosas, enjambres de estrellas, alejadas unas de otras a veces millones de años de luz, la imposibilidad de alcanzarla en el breve lapso de una vida humana es todavía más evidente.

Recordamos esto para hacer ver cómo en todas las novelas futuristas en que se habla de vuelos interestelares se tiene que salvar este terrible escollo de verosimilitud. Muchos autores lo han hecho con desfachatez suponiendo, sin más ni más, que se puede superar la velocidad de la luz. Es natural que estos libros decepcionen ya de entrada al lector con conocimientos, aunque sean elementales, de Física. El mérito principal de Heinlein en esta obra es, a mi manera de ver, la elegancia con que salva este escollo mediante una teoría (que sabe explicar en términos sencillos) sobre la constitución del espacio-tiempo y sus repliegues que permiten transiciones. El científico que lea estas páginas, desde luego no quedará convencido de la veracidad de tal teoría, pero no podrá por menos qué reconocer que está

inventada con mucha gracia y con una plausibilidad que parecía imposible lograr.

En esta novela Heinlein nos revela una formación científica que muchos lectores de otras obras suyas no hubieran sospechado en él y si añaden ustedes a esto que nos presenta una trama interesante, unos personajes muy humanos y nos da una visión de lo que será la vida de los pasajeros y de la tripulación de una nave estelar del futuro, con tanta naturalidad y gracejo como podría describir la que es corriente en los transatlánticos actuales o en los grandes aviones de línea, tendrán ustedes que reconocer conmigo que esta novela no podía ser escrita más que por un novelista muy ducho y profundo conocedor del tema.

CAPÍTULO PRIMERO

EL TOMAHAWK

A Max le gustaba esta hora del día, esta época del año. Entradas ya las cosechas podía terminar sus tareas de la tarde temprano y holgazanear. Una vez había aseado las pocilgas y dado de comer a las gallinas, en lugar de cenar, seguía un sendero que trepaba hacia una pequeña loma situada al oeste del henar y se acostaba sobre la hierba, indiferente a todas las preocupaciones. Llevaba consigo un libro que había retirado de la biblioteca pública: *Bestias del Cielo; Guía de Zoología Exótica*, de Bonforte, pero se lo puso debajo de la cabeza como una almohada. Un vagabundo que pasaba por allí hizo alguna observación sobre su falta de recato, pero viendo que no contestaba, siguió su camino. Una ardilla roja se sentó sobre un tocón y se quedó contemplándolo. Después, siguió enterrando nueces.

Max tenía la vista fija en el noroeste, porque desde allí podía ver los soportes de acero y las guías anulares del «Chicago, Springfield & Earthport Ring Road» emerger de una brecha de la colina de su derecha. En el borde de la brecha había un anillo de guía, formado por un gran arco de acero de veinte pies de alto. Un par de trípodes sirviendo de soporte sostenían otro aro a cien pies de la brecha. Un tercero y último aro, con sus soportes de más de cien pies de altura para mantener el nivel con los demás, se encontraba al oeste de él, donde el terreno caía más abruptamente en el valle que tenía a sus pies. A media altura de la

cuesta podía ver la antena de fuerza cruzando la hondonada.

A su izquierda, las guías del C. S. & E. aparecían nuevamente en el extremo más alejado de la hendidura. El aro de entrada era mayor que los demás para permitir un máximo de desviación debida al viento; en sus soportes se encontraba la antena receptora de energía. Esta vertiente era más abrupta, había sólo un nuevo aro antes de que la línea aérea desapareciese en un túnel. Había leído que en la Luna los aros de entrada no eran mayores que los de paso, ya que no había viento que pudiese causar variaciones en la balística. Cuando él era pequeño, aquel aro de la entrada era ligeramente menor y durante un vendaval sin precedentes un convoy chocó contra el arco produciendo destrozos increíbles, con más de cuatrocientos muertos. Él no lo había visto y su padre no le permitió que anduviese después rondando por allá a causa de la carnicería, pero las huellas podían verse todavía en la vertiente de la izquierda, de un verde más oscuro que el resto.

Veía pasar los convoyes siempre que podía, no porque desease a los viajeros ningún mal, pero... si alguna vez tenía que ocurrir una catástrofe, no quería perderla.

Max tenía la vista fija en la brecha; el *Tomahawk* tenía que pasar de un instante a otro. Súbitamente se produjo un resplandor de plata, un reluciente cilindro con la punta acorada salió explosivamente de la hendidura, pasó por el último aro y durante un instante siguió una trayectoria libre entre las dos laderas. Casi antes de que pudiese girar la vista el proyectil penetró en el anillo anterior a la hendidura y desapareció en la colina... en el momento en que el sonido llegaba a él.

Fue un estallido de trueno el que resonó por las colinas. Max abrió la boca en busca de aire. «¡Diablos!», se dijo suavemente. «¡Diablos!». La increíble visión y el impacto sobre sus oídos lo afectaban siempre de la misma manera. Había oído que para los viajeros el tren era silencioso, ya que el

sonido nunca les seguía, pero él no lo sabía; no había ido nunca en tren y parecía improbable, con Maw y la granja de que ocuparse, que pudiese ir jamás.

Se incorporó sentándose y abrió su libro, manteniéndolo de forma que pudiese vigilar el cielo del sudoeste. Siete minutos después del paso del *Tomahawk* podría quizá ver, si era un día claro, la órbita de lanzamiento de la nave lunar diaria. Aunque mucho más lejano y mucho menos dramático que el vecino salto del tren anular, era eso lo que había venido a ver. Los trenes anulares eran interesantes, pero las naves del espacio eran su pasión, incluso un artefacto tan sencillo como la lanzadera de la Luna.

Pero acababa de encontrar algo interesante, una descripción del inteligente pero flemático crustáceo de *Epsilon Ceti IV*, cuando fue interrumpido por una vezo que desde detrás de él lo llamaba:

—¡Eh, Maxie! ¡Maximilian! ¡Max... mil... van! Permaneció inmóvil sin contestar. —¡Max! ¡Te veo, sabes... ven en seguida... me oyes!

Murmuró algo en voz baja y se levantó. Avanzó lentamente por el sendero, sin perder de vista el cielo hasta que el henar lo ocultó a su vista. Maw había vuelto y esto era lo que pasaba, que le hacía la vida imposible si no obedecía y la ayudaba. Cuando por la mañana se había marchado, él tuvo la impresión que no volvería hasta la noche... no era lo que hubiese dicho, no lo decía nunca, pero había aprendido a leer los signos. Ahora tendría que oír sus lamentaciones y sus chismes, cuando lo que quería él era leer, o peor quizá, ser molestado por los asquerosos seriales de este-reovisión que tanto le gustaban. Varias veces había estado tentado de destrozarse el aparato de estereovisión con un hacha. Casi nunca podía ver los programas que le gustaban.

Al llegar a la vista de la casa se detuvo en seco. Había supuesto que Max tomaría el camión en Corners y subiría a pie la cuesta como de costumbre. Pero al pie de la subida

había un pequeño unicycle parado y alguien estaba con ella.

Al principio creyó que sería algún «extranjero», pero al acercarse reconoció al hombre. Max hubiera preferido ver un extranjero... cualquier extranjero. Bill Montgomery era un habitante de las colinas pero no cultivaba ninguna granja. Max no recordaba haberlo visto jamás hacer un trabajo honrado. Había oído decir que algunas veces Montgomery se alquilaba como guardián, cuando uno de los alambiques de la región destilaba clandestinamente, y posible que fuese así: Montgomery era un hombre corpulento como un buey y el empleo podría cuadrarle.

Max conocía a Montgomery desde siempre; y lo había visto haraganear por los Clyde's Corners. Pero lo trataba siempre con desprecio y no había tenido nunca nada que ver con él... hasta últimamente. Maw había empezado a mostrarse con él, yendo incluso a los bailes y fiestas de los henares o al desgranado del maíz. Max trató de hacerle ver que Padre no hubiera visto esto con buenos ojos, pero era imposible discutir con Maw. Lo que no le gustaba no quería oírlo.

Como aquella era la primera vez que lo traía a casa, Max sintió una oleada de odio invadirlo lentamente.

—¡Date prisa, Maxie! —gritaba Maw—. ¡No te quedes aquí como un muerto! —Max avanzó contrariado y se reunió con ellos.

—Maxie —dijo Maw— estrecha la mano de tu nuevo padre. —Y adoptó un aire picaresco, como si hubiese dicho algo ingenioso.

Max se quedó contemplándola con la boca abierta. Montgomery hizo una mueca y tendió la mano.

—Sí, Max, ahora eres Max Montgomery... soy tu nuevo papá. Pero puedes llamarme Monty.

Max se quedó mirando la mano y la cogió por un instante.

—Me llamo Jones —dijo sin entonación.

—¡Maxie! —protestó Maw. Montgomery se rio jovialmente.

—No lo riñas, Nellie, amor mío. Deja que Max se acostumbre. Vive y deja vivir, este es mi lema. —Se volvió hacia su mujer—: Un momento, mientras recojo el equipaje. —De una bolsa del sillín del unicycle sacó un paquete de ropas andrajosas, de otras dos botellas planas, de una pinta. Viendo que Max lo observaba, guiñó el ojo y dijo:

—¡Un brindis por la novia!

Su mujer estaba al lado de la puerta; Montgomery avanzó para entrar en la casa, pero Maw protestó.

—¡Pero, Monty, querido, no vas a...!

—¡Oh, no tengo gran experiencia en estas cosas, desde luego! —dijo Montgomery, deteniéndose. Se volvió hacia Max—: Toma, coge mi equipaje. —Y le entregó las ropas y las botellas. Después cogió a Maw en sus brazos, gruñendo un poco, y cruzó con ella el umbral, la depositó en tierra y la besó, mientras ella chillaba y se sonrojaba. Max los siguió silenciosamente, dejó las cosas sobre la mesa y se volvió hacia el fogón. Estaba frío, no había sido usado desde el desayuno. Había una instalación eléctrica, pero se había fundido antes de la muerte de su padre y no habían tenido nunca dinero para repararla. Max sacó del bolsillo su cuchillo, cortó algunas virutas, añadió leña y aplicó a la madera un Everlite. Cuando ardió, salió a buscar un cubo de agua.

—Me preguntaba adonde habías ido —dijo Montgomery cuando regresó—. ¿Es que en esta barraca no hay siquiera agua corriente?

—No —respondió Max. Dejó el cubo en el suelo y añadió un par de troncos de leña al fuego.

—Maxie, hubieras debido tener la comida lista.

—Bien, bien, querida —intercedió Montgomery en tono de buen humor—, no sabía que íbamos a venir. Y esto nos deja tiempo para hacer un brindis. —Max les volvió la espalda, consagrando toda su atención a cortar rodajas de

carne. El cambio había sido tan abrumador que no tuvo tiempo de darse cuenta de él.

—¡Ven aquí, hijo! —exclamó Montgomery llamándolo—. ¡Un brindis por la novia!

—Tengo que preparar la cena.

—¡Qué tontería! Aquí tienes tu copa. ¡Vamos!

Montgomery le había vertido un dedo de un líquido ambarino, su vaso estaba medio lleno y el de la novia un buen tercio. Max lo aceptó, se acercó al cubo y lo acabó de llenar de agua.

—¡Vas a estropearlo!

—No estoy acostumbrado a beber.

—¡Bien, bien! ¡Por la ruborosa novia... y nuestra feliz familia! ¡Arriba los ánimos!

Max bebió cautelosamente un sorbo y dejó el vaso. Sabía como un tónico amargo que una enfermera le había dado una vez en primavera. Volvió a su trabajo, pero fue interrumpido nuevamente.

—¡Eh, que no te lo has acabado!

—Mire, tengo que cocinar. ¿No querrá que queme la cena, eh?

—Bien, bien —dijo Montgomery encogiéndose de hombros—. Así habrá más para nosotros. Hijo mío, cuando yo tenía tu edad podía vaciar una botella y sostenerme sobre las manos.

Max había pensado cenar carne fría y galleta recalentada, pero sólo quedaba media sartén de galleta. Hizo unos huevos revueltos con la grasa de la carne, puso el café en el fuego y lo preparó todo. Cuando se sentaron, Montgomery lo miró y dijo:

—Querida, a partir de mañana espero vivir de acuerdo con lo que me dijiste de tu cocina. Tu hijo no tiene nada de cocinero.

Sin embargo, comió con apetito. Max no quiso decirle que era mejor cocinero que Maw... bastante pronto se da-

ría cuenta. Montgomery seguía sentado y se secó los labios, después se vertió más café y encendió un cigarro.

—¿Qué hay de postre, Maxie, querido? —preguntó Maw.

—¿De postre? Pues... hay el helado que quedó del Día de la Unión Solar en la nevera.

Max parecía perpleja.

—¡Oh, querido, temo que no esté ya!

—¿Eli?

—Pues, me parece que me lo comí una tarde en que estabas en el campo de abajo. Hacía un calor horrible.

Max no dijo nada ni estaba sorprendido. Pero ella no quería dejar la cosa así.

—¿No has preparado ningún postre, Max? ¡Pero hoy es una ocasión especial!

—Déjalo, querida —dijo Montgomery quitándose el cigarro de la boca—. No soy muy aficionado al dulce; soy hombre de carne con patatas... da fuerza a las costillas. — Se volvió hacia Max—: Max, ¿qué sabes hacer además de las tareas del campo?

—¿Eh? —dijo Max, sorprendido—. No he hecho nunca nada más. ¿Por qué?

—Porque has acabado de ocuparte del campo —dijo Montgomery sacudiendo la ceniza de su cigarro en el plato.

Por segunda vez en menos de dos horas Max se encontraba ante un cambio que era demasiado para él.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Porque hemos vendido la granja.

Max sintió como si le hubiesen arrancado una alfombra de debajo los pies. Pero el rostro de Maw le decía que era verdad. Tenía la expresión que aparecía en su rostro siempre que le había hecho alguna jugarreta... triunfante y ligeramente temerosa.

—A Padre no le hubiera gustado —dijo secamente—. Estas tierras llevan en nuestra familia cuatrocientos años.

—¡Oh, Maxie! ¡Cuántas veces te he dicho que yo no estaba hecha para vivir en una granja! ¡He sido educada en la ciudad! ¡Clyde's Corners!

—No era una granja. Y yo no era más que una chiquilla cuando tu padre me trajo aquí... tú eras ya un muchacho crecido. Tengo todavía la vida delante de mí. No puedo vivir enterrada en una granja.

—¡Pero prometiste a Padre que...! —exclamó Max elevando la voz.

—¡Basta! —dijo Montgomery con firmeza—. Y no chilles cuando hables con tu madre... y conmigo.

Max se calló.

—La tierra está vendida y eso es todo. ¿Cuánto te imaginas que vale esta parcela?

—No se me ha ocurrido nunca pensarlo.

—Por mucho que lo pienses, he sacado más. —Guiñó el ojo a Max—: ¡Sí, señor! Fue un día de suerte para tu madre y para ti el día que me echó el ojo encima. Soy un hombre con el oído en el suelo. Sabía por qué un agente andaba en busca de comprar estas tierras áridas, sin valor...

—Uso los fertilizantes del gobierno...

—He dicho sin valor y quería decir sin valor. Para el cultivo, me refiero. —Se puso un dedo al lado de la nariz, adoptó una expresión astuta y se explicó. Al parecer había en proyecto grandes trabajos de creación de fuerza, del gobierno, para los cuales habían sido elegidas estas tierras... Montgomery adoptaba un aire misterioso al explicar todo aquello, de lo cual Max dedujo que no sabía gran cosa. Un sindicato estaba comprando, anticipándose a las adquisiciones del gobierno—. Y así lo hemos vendido —terminó— por cinco veces lo que ellos contaban pagar. ¿No está mal, eh?

—¿Lo ves, Maxie? —intervino Maw—. Si tu padre hubiese podido saber que íbamos a sacar...

—¡Calla, Nellie!

—Pero si iba sólo a decirle lo que...

—¡Calla, he dicho!

Maw se calló. Montgomery echó su silla atrás, se metió el cigarro en la boca y se levantó. Max puso agua a calentar para lavar los platos, los vació y fue a tirar los restos a las gallinas. Permaneció como hechizado contemplando las estrellas y tratando de pensar. La idea de tener a Montgomery en la familia le hacía estremecerse hasta los huesos. Se preguntaba qué derecho tenía exactamente un padrastro, o mejor, dicho, un repadastro, un hombre que se había casado con su madrastra. No lo sabía.

Decidió que tenía que volver a entrar, por mucho que lo odiase. Encontró a Montgomery de pie delante de la biblioteca que había construido sobre el aparato de estereovisión; estaba manoseando los libros y había amontonado varios sobre el aparato. Miró a su alrededor.

—¿Estás de vuelta? No te marches, quiero que me digas cómo está la cuestión del ganado.

—Querido —dijo Maw apareciendo en aquel momento en el umbral—. ¿No puedes esperar esto hasta mañana?

—Hay que darse prisa, querida —respondió él—. Este subastador estará aquí temprano. Tengo que tener el inventario a punto. —Siguió sacando libros—. Oye, son bonitos... —Sostenía en sus manos media docena de volúmenes impresos sobre papel sumamente fino y encuadernados lujosamente—. No sé cuánto pueden valer... Nellie, dame mis lentes.

—¡Son míos! —exclamó Max, avanzando precipitadamente y tendiendo la mano hacia ellos.

—¿Eh? —Montgomery se quedó mirándolo y levantó los libros en el aire—: Eres demasiado joven para tener nada tuyo. No, todo se va. Un buen barrido y a empezar de nuevo.

—¡Son míos! ¡Mi tío me los dio! —Apeló a su madre—: ¡Díselo, Maw!

—Sí, Nellie, pon a este arrapiezo en su sitio antes de que tenga que corregirlo —dijo Montgomery tranquilamen-

te.

Nellie parecía preocupada.

—Pues, en realidad, no sé... Eran de Chet.

—¿Y no era Chet tu hermano? Entonces tú eres la heredera de Chet, no este mequetrefe.

—¡No era su hermano, era su cuñado!

—¿De veras? No importa. Tu padre fue el heredero de su hermano, y tu madre es heredera de tu padre. No tú. Tú eres menor. Es la ley, hijo, lo siento.

Dejó los libros en el estante y permaneció de pie delante de ellos.

Max sintió que su labio superior empezaba a temblar manera coherente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas de rabia que le impedían casi ver.

—¡Tú... *ladrón!*

—No te metas en eso. Será mejor que dejemos bien establecido una vez para siempre quién es el dueño aquí —añadió dirigiéndose a Max—: ¡Pide perdón!

Max no contestó. Montgomery repitió:

—¡Pide perdón y no hablaremos más del asunto!

El cinturón doblado parecía un gato retorciendo la cola. Max retrocedió otro paso. Montgomery avanzó otro y quiso agarrarlo.

Max echó a correr y huyó en la oscuridad. No se detuvo hasta estar seguro de que Montgomery no lo seguía. Entonces recobró el aliento, rabiando aún. Lamentaba casi que Montgomery no lo hubiese perseguido; no creía que nadie pudiese igualarse con él corriendo por aquellas tierras en la oscuridad. Sabía donde estaba el montón de leña; Montgomery no. Sabía donde estaba el sitio donde se revolcaban los cerdos. Sí, sabía donde estaba el pozo... incluso esto.

Transcurrió mucho tiempo antes de que pudiese serenarse y pensar razonablemente. Cuando lo consiguió estuvo contento de que todo hubiese terminado tan fácilmente;